

todo cuanto le pertenecía, é hizo poner en una grande arca todo lo que no necesitaba actualmente, á fin de hacerlo trasportar al primer momento: habia querido vender en Dublin su harpa y su guitarra; pero se determinó á guardarlas hasta mas urgente necesidad. Tenia cuanto le era necesario para pintar y para otras pequeñas labores de muger, y se proponia entregarse á estos dos trabajos, no solo para pasar el tiempo, sino para sacar recursos de esta habilidad, y proveer á sus necesidades. En fin resolvió aprovecharse de la calma que disfrutaba, con el temor de alguna nueva tempestad, contra la cual parecia estar en ménos estado de combatir.

CAPITULO VI.

EL vivo dolor y la agitacion que causan la esperanza y la incertidumbre, se disminuyeron poco á poco en el corazon de Amanda, y cambiaron en una dulce melancolía originada de la satisfaccion de haber llenado todos sus deberes, y soportado sus infortunios con tranquila resignacion. Se deleitaba pensando en su padre: al pesar que tenia de su pérdida, se mezclaba la idéa deliciosa de haber podido consolarle en sus últimos momentos, y la persuasion de que, si es dable á las almas separadas de sus cuerpos mortales ver des-

de lo alto lo que pasa en este mundo, su padre la miraria placentero caminar sin desviarse por la senda que le habia trazado. Estos pensamientos causaban á su alma una calma que endulzaba sus disgustos, y un consuelo que nada puede dar ni destruir, y que sola la virtud conserva en medio de las mayores calamidades.

Tambien procuró impedir el ocupar su pensamiento en Lord Mortimer; pues la paz huia de su alma todas las veces que pensaba en el tiempo venidero que Lord Mortimer parecia esperar, y le habia anunciado; y la incertidumbre en que quedaba su mutuo destino.

La soledad de Santa Catalina era muy propia á entretener estas disposiciones. Ella no estaba sujeta á las obligaciones de las religiosas. Dueña absoluta de su tiempo y acciones, leia, trabajaba y paseaba á su voluntad, quando y como queria. Ella no se alejaba mas allá del recinto de Santa Catalina, para no volver á ver los lugares que le recordaban memorias que no habria tenido valor de sostener. Pero este espacio de terreno era bastante extenso para proporcionarle largos y variados paseos; y en la calma de la tarde, quando solo se oia el balido de las rebaños y el ligero zuzurro de los insectos, gustaba de ir errante entre las ruinas magistuosas y pintorescas de este antiguo edificio, unas veces

con una religiosa, y las mas de ellas sola con sus pensamientos.

Habia pasado así unos quince dias despues de la partida de Lord Mortimer, cuando una mañana se oyó detenerse uaa carroza en la puerta grande del convento: sentada Amanda á su labor en la sala con la abadesa, se sobresaltó á este ruido. Se puede bien creer que su primer pensamiento se dirigió á Mortimer. Cuando abrieron la puerta fué grande su admiracion al ver comparecer á Mistriss Kilcorban y sus dos hijas.

Amanda se quedó mudá de sorpresa, sin poderles hacer el cumplimiento de costumbre. Las hijas la saludaron con un aire frio y reservado, y la madre la trató con una familiaridad grosera, que se creia en derecho de tener con una persona reducida á la situacion en que se hallaba Amanda. Querida mia, dijo, no podréis creer la pena que hemos tenido con la relacion de vuestras desgracias. Nosotras hasta ayer no llegamos aquí; pues hemos pasado todo el invierno en la ciudad muy agradáblemente en bailes, fiestas y sociedad; pero, como queria deciros, nosotros hemos estado de vuelta mucho ántes de mi antigua costumbre, porque he preguntado nuevas de todos mis vecinos, y lo primero que he sabido ha sido la muerte del capitan. No os desconsoléis, mi querida, es un paso que

todos debemos dar, es la ley comun, como dice el doctor en su sermon; de manera que sabiendo la muerte de vuestro padre y vuestra miseria, he buscado en mi imaginacion algun recurso para vos, y al fin he encontrado uno que he comunicado á mis hijas, y os será muy bueno, dandoos medios de ganar vuestra vida honrádamente. Sabréis pues, querida mia, que la aya que habia llevado conmigo á la ciudad no ha querido volver con nosotros; es, por decirlo de paso, una tontuela. Bajo este supuesto he pensado que su plaza era precisamente lo que os convenia. Vos enseñaréis el frances á mis cuatro pequeñas hijas; las enseñaréis á trabajar, y como teneis gusto ayudaréis á mi hija mayor á hacer sus modas y componerlas; yo doy veinte guinéas de salario. Cuando no tenemos forasteros la aya come en nuestra mesa; y por otra parte está bien tratada por todos respetos.

Durante este discurso tan expresivo como elocuente, la pálidez de Amanda habia hecho lugar en sus mejillas á un encarnado vivo, excitado por su indignacion. Vuestras intenciones, señora, le contestó, pueden ser obsequiosas, pero no puedo aceptar vuestros ofrecimientos.

¡Ay buen Dios! replicó Mistriss Kilcorban, ¿por qué los rehusais? ¿Es por qué no estais en estado de instruir á mis hijas, lo

que en efecto puede ser, pues hay tantos que pasan por tener talentos que no poseen? pero esto no me detiene. Yo os tomo como sois, porque habéis sido siempre una buena muchacha, y os comportais bastante bien: sin embargo, si estoy obligada á tomar maestros para mis pequeñas hijas, no podeis esperar las veintes guineas de salario; pues entónces os rebajaria alguna cosa. La superiora que hasta entónces habia guardado silencio, tomó entónces la palabra y dijo: Miss Fitzalan, señora, jamas se ha envanecido de tener talentos que no poseyese, ántes bien su modestia oculta los que tiene. Si rehusa vuestros ofrecimientos, no es porque se crea incapaz de iustruir á vuestras hijas; sino porque ella no podria soportar que se la tratase con tan poco miramiento como vos le manifestais. Si su situacion le obliga á emplear sus talentos para ganar su vida, espero que jamas se verá reducida á la mortificacion de vivir con unas personas que no estimarian lo que vale, ni le tendrían el respeto que se merece.

Muy bien, señora, muy bien, replicó Miss Kilcorban, eso es tener grande confianza; mas de una muchacha valiendo tanto como ella, se contentaria con encontrar semejante ofrecimiento.

Mamá, dijo, Miss Kilcorban, puede ser que Miss tenga á la vista otro mejor es-

tablecimiento. Nos olvidamos que Lord Mortimer ha pasado últimamente algun tiempo en Carberry-Castle, y todo el mundo sabe que tiene mucha amistad á la hija del capitan Fitzalan: ó puede ser, hermana mia, dijo Miss Alicia, que quiera ser religiosa.

Yo creo en efecto, continuó la madre, que ella no tiene ganas de ser nada bueno. Por algo será seguramente el haber reñido con Lady Greystock. ¡Ay buen Dios! ved sólamente todo lo que llena el aposento; música, libros, una harpa, una guitarra, como si nada tuviera que hacer sino cantar, y perder así todo el dia. Por lo demas yo no he venido sólamente para proponeros venir conmigo; sino que queria ofrecer un buen precio de vuestra harpa, de vuestra guitarra y de vuestra música, suponiendo que en vuestra situacion no tenéis necesidad de todo esto; y apostaria que rehusais tambien vendérmelo.

Ciertamente, señora, dijo Amanda, solo al último apuro me desharé de estos objetos tan queridos, pues los tengo de mi padre. Muy bien, hija mia; yo deséo que tanto orgullo no sea humillado, y hablando así salió del aposento con sus hijas, las cuales bajo un aire de desprecio ocultaban la indignacion que sentian por el recibimiento que habian tenido.

La superiora despues de su partida rió

mucho del acceso de cólera que habia dado á Mistriss Kilcorban; y Amanda, que consideraba á esta muger y sus hijas como seres del todo insignificantes, se rehusó luego de la turbacion que le habia causado su visita.

Al anochecer recibió una carta de la que le dijeron que esperaban respuesta. Ella la abrió con precipitacion; pero en lugar del escrito de Mortimer que esperaba ver, leyó lo que sigue.

A Miss Fitzalan.

„Amable criatura; jamas he reido tanto, „como cuando mi madre y hermanas me „han dado cuenta del recibimiento que han „tenido en Santa Catalina. Pardiez que ha „debido ser excelente. Yo no he podido mé- „nos de admirarme de su locura, cuando „han imaginado que una tan hermosa mu- „chacha como vos se emplearia en instruir „un hato de mocosillas. Para ir al hecho, „mi querida, os propongo que en adelan- „te os tengais cuidado. Trasladaos á Du- „blin, poneos en buena habitacion, y decla- „rad abiértamente que sois la soberana de „mi corazon. En este caso os prometo una „situacion digna de envidia. Espero vues- „tra contestacion para levantaros de la os- „curidad en que estais sepultada sobre un „teatro brillante, del que seréis el ornate.

„A Dios, mi querida, creed que es soy en- „téramente adicto

B. Kilcorban.

No se puede pintar la indignacion de Amanda al leer esta impertinente carta. Se pasó algun tiempo ántes que fuese bastante dueña de sí misma para dar á conocer á la superiora la causa de su agitacion. Al fin convinieron entre las dos, que Amanda le enviaria la respuesta siguiente.

„El autor del billete insolente y grosero „que se acaba de recibir, solo merece el „desprecio; pero si repite sus insultos, le „podrá suceder algo peor.”

A la verdad ella no temia que Kilcorban peseverase, pues no tenia la constancia ni los recursos de Belgrave. Este era un libertino por principios, y el otro lo era por exterioridad, y mortificando su orgullo estaba segura de desembarazarse de él.

Pero el reposo de Amanda debia ser otra vez turbado. Al dia siguiente el padre O-Gallagan, aquel gordo y pequeño ministro de quien se ha hecho mencion al principio de esta historia, vino á Santa Catalina. El no era el capellan del convento; pero iba á menudo, y era amado de toda la comunidad. Habia estado muy inquieto por la enfermedad de Amanda. El la encontró sola en la sala; se sentó á su lado, y toda su fisono-

mía parecia decirle que tenia alguna cosa agradable que comunicarle.

Mi querida, le dijo él fijando en ella sus ojos con un aire risueño, ¿no estaréis muy contenta de dejar esta triste habitacion para encontrar própiamente una buena casa, donde pudieseis recibir vuestros amigos y tener todas las comodidades? Sin duda, respondió Amanda, pues aunque no encuentro esta mansion triste, estaria muy contenta de encontrar un establecimiento como es el de que me hablais.

¡Ah! yo os he mirado siempre como una muchacha razonable. Y bien bribonzuela, ¿qué diriais al que os ofreciese esta buena fortuna, y os dijese que puede al momento mismo ponerla en vuestras manos? Amanda se admiró. Al principio creyó que se chanceaba; pero vió que hablaba seriamente. Sí, mi querida hija, continuó con el tono y aire de una perfecta satisfacción, tengo un ofrecimiento que proponeros, que haria saltar de alegría á muchas de las niñas que conozco.

¿Os acordais bien de Lord O-Flannaghan, en casa de quien tomasteis el té el verano pasado? Y bien, el hijo mayor, tan buen muchacho como puede serlo, se ha prendado de vos. Pero como debiais dejar el pais, ya por esto, ya por otras razones, habia creido inútil hasta ahora declarar su pasion; mas viendoos de vuelta, á

se mía que ha tomado ánimo y ha hablado de vos á su padre. El viejo O-Flannaghan es un hombre de bien, y consiente en el casamiento de su hijo con vos. La casa es buena y bien provista. El padre lo pondrá todo en manos del hijo mayor. El pequeño vivirá con vos hasta que sea casado, y se halle en estado de llevar por cuenta suya una hacienda. La hija mayor es casada, la segunda vive con ella, y la última os será útil en vuestra casa. Solo hay una pequeña dificultad, que es la diferente creencia; pero cuando se tocó este artículo, les he dicho que sobre esto no tengan inquietud alguna, que yo os conocia por una persona muy razonable, y que no rehusarais ir á la capilla en lugar de ir á la iglesia, para procuraros un ventajoso establecimiento, de manera, querida, que yo espero daros sin dilacion la bendicion nupcial, y ser el director de vuestra conciencia.

Amanda habia escuchado el discurso del ministro hasta el fin, aunque con grande admiracion. Ella se levantó, y habria salidose del aposento sin responderle, si no hubiese temido que el padre ignorante, no explicase bien su silencio y su huida. Por esta consideracion se detuvo, y le contestó, que estaba ofendida de la libertad que se habia tomado de responder por ella en materias tan importantes como las de la re-

ligion; y para probarle cuan mal instruido estaba de sus disposiciones en todo como en esto, le aseguraba que la embajada que acababa de dar, era perdida para todos aquellos que se la habian encargado, y desagradable para ella; que si Mr. O-Flannaghan buscaba su dicha en el casamiento, no la encontraria sino con una muger de su clase: y formada al mismo género de vida que él. Acabando de decir, dejó el aposento con un aire de dignidad, que confundió del todo al pobre capellan; de manera que tomó el sombrero apresuradamente, y se fué á la casa de O Flannaghan á dar cuenta del mal éxito de su visita, muy mortificado por haber perdido los regalos de boda, y el guisote con el que su imaginacion se ocupaba deliciosamente.

Fue menester algun tiempo para reponerse Amanda de la desagradable agitacion en que la habian tenido la visita de las Kilcorban y la del capellan. Estos dos ataques la convencieron de que ella no era bastante para sostener tales combates, y solo tenia un medio de ponerse á cubierto de ellos, la proteccion de Lord Mortimer, cuando adquiriendo el derecho de defenderla, la habria hecho una de las personas mas felices de su sexo.

CAPITULO VII.

Un ataque mas recio se preparaba para Amanda. Cerca de quince dias despues de la visita de las Kilcorban y del capellan, una tarde que segun su costumbre se abandonaba á sus pensamientos melancólicos en medio de las solitarias ruinas del convento, vió de léjos á un hombre bajo un arco medio arruinado, y reconoció al horrible Belgrave. Amanda arrojó un grande grito, y con un susto inexplicable dió algunos pasos atras. ¡Cruel Amanda! le gritó Belgrave, y al mismo tiempo parecia querer aprovecharse de la situacion en que la hallaba; pero las miradas y la voz de este enemigo la sacaron de la especie de estupor en que habia caido al verle, y le dieron fuerzas; y como él se acercaba siempre, hizo un salto, y con extrema ligereza, habiéndose enredado en las revueltas oscuras y embarazadas de las ruinas, que ella conocia mejor que él, llegó al convento. Sus ojos inquietos, y su semblante pálido espantaron á la buena superiora, la cual le preguntó la causa del trastorno en que la veia. Amanda no estaba entónces en estado de hablar; la aparicion de Belgrave la habia aterrorizado como un presagio de todas las desgracias. Su sangre estaba helada en sus venas, y todas sus facultades estaban en